

los no: estos mueren deseando la vida. Al mártir religioso no le costaba nada desprenderse del mundo; al contrario, el mundo era para él una prisión aborrecible, un lugar donde todo es inseguro, vano, peligroso y dañino, donde un momento de error y concupiscencia puede comprometer una eternidad de infelices delicias. Pero el mártir del patriotismo ama, adora la vida terrena: su mujer, sus padres, sus hijos, sus amigos, todas las esperanzas y anhelos vitales palpitan tumultuosamente en su corazón, y cuanto más arde el peligro más se le adhieren. Y he aquí otra distinción suprema: la verdadera patria del mártir religioso, aquella por la cual se inmola, es, precisamente la que irá a gozar con su muerte, la que le abrirá sus puertas de par en par gracias al sacrificio. Y, en cambio, el mártir patriota se ve obligado a abandonar para siempre jamás esa misma patria por la cual sufre; su sacrificio le aleja y le priva eternamente de ella y de cuanto tiene de adorable; si la patria es un bien, que importa defender y conservar, ocurre el tremendo sarcasmo de que sólo lo pierden aquellos que más lo merecieron, y en cambio siguen gozándose de lo que no lo ganaron.

Tal es la causa secreta de la tristeza única, peculiar, indefinible, que caracteriza a los mártires del patriotismo. En el ardor de la lucha o cuando cesa el peligro inminente, los hombres olvidan con facilidad las amarguras de una reflexión que se devora a sí misma. Entonces luchan y mueren bravamente en la zona de combate, o se divierten como chiquillos en la retaguardia. Pero en los intervalos, cuando el peligro está lo bastante cercano para ser previsto y al mismo tiempo alejado lo suficiente para que el entendimiento pueda discurrir sobre él a sus anchas, entonces, en esas horas de agonía, los soldados parecen naufragar en un bache íntimo de cordura lúcida, de sentido realista, de visión descarnada y, por lo tanto, de pesadumbre. ¿Por qué van a morir? ¿Por qué, entre tantos millones de seres que componen un pueblo, sólo una pequeña minoría debe sacrificar su vida para los demás? ¿Unos no se batan porque son ministros o empleados públicos; otros por la rara razón de que saben tornear granadas, no sólo no arriesgan sus vidas sino que además ganan fabulosos jornales; otros están en lugar seguro porque saben sanar heridas o preparar ungüentos; otros porque son mujeres y les falta coraje; otros porque son viejos; otros por mil causas diversas. ¿Por qué esa disparidad odiosa? La única razón que puede abonar una injusticia tan deformante, una desigualdad tan manifiesta en los sacrificios que la guerra impone a los individuos de un pueblo, es la sinrazón de la necesidad, el hecho brutal de que no haya medio de obrar de otra suerte. El soldado se siente víctima de una selección ilógica, monstruosa, que ha repartido sobre él y sobre algunos más la responsabilidad cruenta de una explicación.

Peró aun descartando toda reflexión egoísta, aun estando dispuesto de antemano al sacrificio personal, el reo patriótico se siente combatido en lo más vivo del alma. Si él perece en la lucha, ¿qué va a ser de los suyos, de su mujer, de sus hijos, de lo que más quiere en el mundo? Esa patria por la cual va a derramar su sangre, esa comunidad de supervivientes por los cuales se sacrifica, ¿cómo tratarán a los que dejarán desamparados tras de sí? Mientras dura la guerra todos son elogios sonoros para los que sucumben; la sociedad necesita estos sacrificios y los alienta. Pero ¿y después? Concluirá el conflicto, renacerá la paz, los pueblos volverán lentamente a vivir como vivieron antes; se apaciguarán los resquemores viejos a medida que broten intereses nuevos; se alzará algunos monumentos para conmemorar victorias, cuyos nombres borrarán el recuerdo de los infortunados que las pagaron con su sangre; las pensiones oficiales serán escasas, el Estado detendrá forzosamente sus antiguas deudas para atender a necesidades más urgentes. ¿Qué será de los millones de familias destruidas, de las mujeres sin recursos, de los pequeños en protección eficaz? ¿Qué será de la esposa y los hijos de este pobre soldado sumergido en las catacumbas de Argona? ¿A quien aprovechará su muerte, si no es a los que seguirán viviendo? Y si esto es así, ¿por qué este aprovechamiento tiene que pagarlo el soldado, el único que no gozará de él, con su destrucción personal y con el infortunio de los suyos? Mas la misma necesidad que tanto exige de este pobre hombre, bajo pretexto de ser ineludible, se desvanecerá con el tiempo. Los días son pasajeros; lo único que no cambia es la miseria humana. Y rodando los años, otra necesidad parecida a aquella e igualmente abominable, hará que los hijos o nietos del mártir se abracen sobre su tumba con los enemigos de hoy para emprender juntos y fraternalmente una nueva cruzada.

Todas las aberraciones y los sofismas insolubles sobre los cuales se asienta la guerra, van roendo—en las horas de soledad y hastío, ante la proximidad del peligro—, a las víctimas del deber patriótico. Pero basta que uno de sus superiores les saque de su ensimismamiento y les grite jadeante, para disipar su tortura. Se incorporan, olvidan sus males, sus amores terrenos, se olvidan a sí mismos, sufren, luchan, sucumben. En un instante, el más miserable gañán se convierte en el ser extraordinario y generoso que llamamos héroe. He aquí una de las más misteriosas transformaciones humanas.

GAZIEL

LITERATURAS BÉLICAS

Los espíritus superiores han dado en la flor de ponderar las excelencias de la guerra. El valor, la audacia, la temeridad son las virtudes primordiales. La guerra hace los hombres fuertes y heroicos. Las

razas se mejoran, progresan, se civilizan por las artes de guerrear sin tregua. De la lucha entre hermanos, a cañonazo limpio, sale la humanidad purificada y ennoblecida.

Eso es el anverso. El reverso va enderezado contra el pacifismo. En la dulcedumbre de la vida tranquila, ordenada, amorosa, se agotan las masculinas energías, las razas degeneran y se extinguen. La paz es un narcótico. El mundo se convierte en montón de castrados, cobardes y enclenques. De la paz entre los humanos, en la vida muerta y regalada de las necesidades satisfechas, sólo puede surgir la humanidad extenuada.

El dilema final es: o tigres o borregos. La literatura actual está impregnada de estos barbarismos guerreros. Como si obedecieran a una consigna, los escritores de los más diversos matices entonan himnos entusiásticos al bélico ardor de los combatientes.

Es un flujo y reflujo de la espada a la pluma y de la pluma a la espada. Despierto y en acción el apetito conquistador de las naciones, fluye naturalmente de la literatura el canto épico a las batallas. De los campos sembrados de cadáveres vuelven los cuervos con los picos ensangrentados y con sangre escriben. También cuando vuelven de las charcas escriben con cínico. El literato es lacayo de todos los exentos.

Y allá, en la lejanía, donde la muchedumbre en manada rinde la vida sin saber a qué ni por qué, repercute el rasguear de las plumas belicosas que empuencan de sangre y cínico el papel en que escriben. La sugestión convierte los borregos en lobos.

Si la serena, irrefutable filosofía de un Spencer muestra que la humanidad evoluciona rápidamente del estado guerrero al estado industrial; si la voz poderosa de ciertos genios clama por el término definitivo de las matanzas inútiles; si el griterío multitudinario atruena el espacio en demanda de paz y de sosiego ¡qué importa eso a los serviles y lacayunos emborronadores de cuartillos!

Hay una fuerza todopoderosa a quien servir, y la retórica se arrastra humilde a sus pies. Si esa fuerza se llama Estado, la retórica se engaña enderezando el discurso por los senderos trillados de las grandezas y de las heroicidades nacionales. Si se llama Capital, la retórica se torna financiera y apologética de los grandiosos adelantos de la industria moderna. Si se llama Iglesia, la retórica trueca la pluma por el hisopo, viste el sayón del inquisidor y se postro humilde ante los vetustos muros de las téricas catedrales. La fuerza triunfante es Dios, trino y uno, en cuyo altar se hace sacrificio de la honestidad, de la dignidad y la vergüenza.

Pero si la fuerza se llama proletariado en rebeldía, exaltación utópica, pensamiento emancipado, entonces la retórica se alza irracunda y, sobre la turba soez de los desarrapados, fulmina los rayos de su plitraf de sexo averiado al ansia loca de todas las decrepitudes!

La guerra no engendra el valor y la audacia y la temeridad. La temeridad, la audacia y el valor se prueban descendiendo a la mina, centenas de metros bajo la superficie bañada por el sol; se prueban sosteniéndose en lo más alto de un edificio sobre cimbreante cuerda; se prueban con el trabajo imposible en el infierno de las fundiciones y de las forjas; se prueban en las máquinas y las locomotoras, en las bregas con la tempestad, en las rutas lúbricas con la Naturaleza. El hombre se templea en la conquista del planeta que habita, de la atmósfera blanda de bellas e innumerables mundos. En la guerra sólo hay un momento de locura tras un supremo esfuerzo del espíritu de conservación. Antes nada, después perder la vida, horror de la sangre, del maná, del montón cobra ánimos apretujados y estrechándose contra los reptiles asaltos del temor. Y luego la procesión de invadidos, los detritus de las batallas, las caravanas de vagos, desmoralizados a los campos, traen a las ciudades y a la depravación el estímulo a la holganza, a no. La guerra tiene por secuela el envilecimiento.

La literatura épica es el cebo con que el poder sugestión a las masas, el espejo para atraer incautos a las mallas de la red, hábilmente tendida. Hacén falta borregos, dóciles instrumentos de manzana, gentes propicias al sacrificio, y la literatura belicosa lanza sus estrofas heroicas a la heroicidad de las naciones. ¡Miserable ramera que brinda la plitraf del sexo averiado al ansia loca de todas las decrepitudes!

R. MELLA

PATRIOTISMO

Si alguien supusiera en mí falta de honradez o de veracidad, sus palabras me herirían en lo vivo; pero si dijese que soy patriota le oíría impasible. ¿Es que usted no ama a su país? se me preguntará. Contestaré despacio.

La temprana abolición de la servidumbre en Inglaterra, la pronta aparición de instituciones relativamente libres y el reconocimiento más completo de las pretensiones populares después que la decadencia del feudalismo había emancipado a las gentes del suelo, son timbres de gloria que debemos recordar con orgullo. Cuando se decidió que cualquier esclavo que pudiese el pie en Inglaterra recobraría ipso facto la libertad; cuando prohibió la importación de esclavos en las colonias; cuando se pagaban 20 millones para emancipar a los esclavos de las Indias occidentales; cuando,

con poca prudencia, es verdad, se mantuvo una escuadra para perseguir la trata, nuestra patria realaba actos dignos de ser admirados. Y cuando Inglaterra abrió sus puertas a los rugidos políticos y abrazó la causa de lo pueblos que luchaban por la libertad, demostró nobles cualidades mercedoras e elogio. Mas, por desgracia, la mayor parte de los sucesos ocurridos en los últimos tiempos sugieren reflexiones muy distintas. La manera como loglaterra ha adquirido dominio sobre ochenta posesiones—establecimientos, colonias, protectoras—no puede ser motivo de satisfacción. El tránsito de los misioneros a agentes residentes, luego a funcionarios que captaban fuerzas armadas, después al estigo de los que se resistían a someterse, y por último, a la llamada «pacificación», este proceso; decimos, de anexión, yugradual, ya repentina, de que son ejemplos la nueva provincia india y la Barzilandia, declarada colonia británica, coltan poco resaca a la voluntad de los habitantes como si se tratara de las bestias que abundan en el terreno, no despertamientos de simpatía hacia sus autores. El amor a la patria no se sobrepone en sí al recuerdo de que, después de declarar a nuestro primer ministro que era comprometido honor el ayudar al Kedive a recuperar el Sudán, no bien efectuada la reconquista, comenzó a administrar aquellos territorios en nombre de la Reina y del Kediv; es decir, que realmente nos los anexionamos; ni al de que, no obstante haber prometido dos ministros de las colonias intervenir en los asuntos interiores de Transvaal, reclamamos insistentemente la adopción de ciertas reformas locales, convirtiéndolo a la resistencia se encontramos en pretexto de una guea asoladora. Ni estimo digno de alabaz el carácter nacional que se manifiesta en la ovación popular tributada a un jefe de filibusteros, o en la concesión de honores universitarios a un archiconspirador, o en los ruidosos aplausos con que los estudiantes saludan a la que se burla de la dudosa rectitud de aquellos que se oponen a los planes de agresión. Si porque el amor a mi país no sobrevive a estas y otras experiencias contrarias, me motejan e antipatriota, perfectamente, acepto gustoso el epíteto.

El grito «¡con nuestra patria, tenga razón o no!» le juzgo estable. Por su asociación con el amor a la patria, el sentimiento que expresa parece legítimo, pero quitándole la máscara ve que es odioso. Observemos los casos alternativos.

Supongamos que derecho nos asiste, que resistimos una ilusión. Entonces la idea y el sentimiento personados en aquel grito se ajustan a la realidad. Puede, en efecto, sostenerse que propia defensa, no sólo está justificada sino que es un deber. Supongamos ahora, por el contrario, que nuestro país es agresor; que no apoderamos de territorios ajenos, u obligamos por las armas a una nación a recibir productos que no necesita, o apoyamos a algún agente para que castigue a los que se han limitado a aplicar la ley del talión. Supongamos que hacemos algo que, por hipótesis, admitiremos que es malo. ¿Qué querrá decir entonces, con nuestra patria, tenga razón o no? El derecho no es nuestro, sino de nuestros contrarios; la injusticia no es suya, sino nuestra. ¿Cómo pues, traducir el grito mal llamado patriótico? Evidentemente de esta manera: ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia! En otras relaciones de la vida, semejante combinación de ideas se estima el quimo de la maldad. Existía entre nuestros antepasados, y aun existe en muchas partes, la creencia en el principio personificado del mal; la creencia en un ser que recorre incesantemente el mundo luchando contra los buenos y ayudando al triunfo de los malos. ¿Pueden sintetizarse mejor las aspiraciones de este ser que con la frase ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia! ¿Le gusta el paralelo a nuestros seudo-patriotas?

Hace algunos años le me presenté ocasión de expresar mi sentimientos—de antipatrióticos, sin duda, serán calificados—en términos que causaron asombro. Era la época de la segunda guerra del Afghánistan cuando, persiguiendo lo que creíamos «nuestro interés», invadimos aquella comarca. De pronto, se supo que nuestras tropas estaban en peligro. En el Ateneo, un militar muy conocido—entonces capitán y hoy general—me leyó el telegrama que daba la noticia, revelando en su acento que esperaba verme participar de su ansiedad. Mi contestación le dejó absorto. «Cuando lo hombres alquilar—dije—sus brazos para matar a otros hombres por obediencia, sin preguntar si la causa que se disponen a servir es justa, no me importa que ellos sean las víctimas».

Preveo la observación que va a hacerme. Si se acepta ese principio, se alegrará, no es posible que haya ejército: el Gobierno quedaría indefenso. No puede permitirse a los soldados que juzgen de la razón con que la batalla se empeña. Si tal se hiciese, destruida h organización militar, el país sería presa del primer invasor. No tar de prisa, repararé. En una guerra de defensa nacional, el ejército será tan útil como ahora. Entonces cada soldado tendría conciencia de la justicia de su causa. No se comprometería a esparcir la muerte entre hombres que no sabía si peleaban con razón o sin ella, sino entre hombres que eran reos de agresión manifiesta contra él mismo y sus compatriotas. No se opondría resistencia a la guerra agresiva, sino a la defensiva.

Puede decirse naturalmente, y decirse con verdad, que si no hay guerra agresiva, no hay guerra defensiva. Es claro, sin embargo, que una nación puede limitarse a la última, aunque otras naciones no hagan lo mismo. Por tanto, el principio es válido. Pero aquellos cuyo grito es: «¡con nuestra patria, tenga razón o no!», que agregarían a la ochenta y pico de posesiones incorporadas otras adquiridas por iguales

medios, verán con disgusto esta restricción de la acción militar. Para ellos no hay locura más grande que practicar el lunes las máximas que profesan el domingo.

HERBERT SPENCER

RAZONANDO

«La guerra es noble y desarrolla las grandes verdades», dijo el mariscal Moltke. Según eso, después de las grandes guerras las naciones deben hallarse en pleno apogeo de la virtud y la grandeza moral.

Veamos si los hechos confirman esas teorías. La guerra de Treinta Años fue una de las más largas que se han conocido en Europa; como resultado hubiese podido moralizarse Alemania del modo más admirable. Desgraciadamente no fué así, y para convencer a los militaristas, he aquí como relatan los historiadores el estado en que se hallaba esa nación en 1648:

«Durante treinta años, la soldadesca se ha entregado a todos los excesos, el país se ha empobrecido, deprimido y casi des-civilizado. La inmoralidad ha alcanzado a casi todas las clases sociales... Las costumbres han vuelto al salvajismo... La bestialidad. Las escuelas desaparecen, la instrucción retrocede, la superstición se desarrolla, la creencia a la hechicería hace nuevos progresos. Las universidades se hallan en plena decadencia... Los profesores son mediocres y los estudiantes depravados y perezosos... Entre los hombres que convive aún alguna cultura intelectual, el pedantismo, la mezquinería, la pusilanimidad y el servilismo no hacen sino acrecentarse».

He ahí cómo la guerra desarrolla y ennoblec todas las virtudes; he ahí cómo los hechos responden a las teorías de los militaristas.

La guerra produce siempre la brutalidad y la grosería en los vencedores, la degradación, el odio y el rencor y el espíritu de venganza en los vencidos. El miedo es el origen de numerosos vicios: la hipocresía, la bajeza, la traición y la duplicidad. ¿Cuál es el origen del miedo? La violencia del fuerte o de lo fuerte y su acción sobre el débil, es decir, del vencedor con relación al vencido. La guerra produce sobre todo el miedo social; decir que moraliza equivale a afirmar que el fuego endurece el hielo.

Se ha dicho también que la guerra ha contribuido a la civilización porque ha sido esparcedora de ideas, y se cita a Alejandro el Grande y a Carlo Magno; al primero como portador de las ideas helénicas a Asia, y al otro como implantador del cristianismo en Germania. Al hablar de las armas de la República y del Imperio, se pretende demostrar que esparcieron por Europa los principios de la Revolución.

En tales afirmaciones hay infinidad de errores. Ante todos afirmamos categóricamente que no son los ejércitos los portadores de ideas; eso es una pura ilusión. Las armas de Alejandro penetraron hasta la India; libraron batallas y mataron mucha gente. Sembraron la muerte y no las ideas; es todo lo que pueden hacer los ejércitos.

Después los colonos y los artistas griegos fueron a establecerse entre los persas, cosa que hubieran podido hacer más eficazmente sin que pesara sobre ellos el odio al conquistador, y ellos fueron los portadores de ideas, no los soldados. Si las tropas de Alejandro hubieran recorrido la Persia de un modo más completo y hubiesen matado diez veces más hombres, al retirarse a Macedonia sin dejar funcionarios civiles y colonos no hubieran dejado en Asia más que hambre y horror...

Y no se repita que sin la guerra no hay medio de introducirse en países extraños. Lo contrario es la verdad. En este caso a los que nos referimos podemos afirmar que persas y griegos eran enemigos precisamente por la guerra, y sin ella hubieran podido establecerse tranquilamente, tanto por unos como por otros, donde, cuando y como hubieran querido.

Sin esta enemistad que proviene sólo de la guerra, entonces como ahora la penetración de los pueblos sería mucho más rápida.

J. NOVICOW

IDEAS

Hace falta, sobre el campo inculto donde se debaten las multitudes, sembrar ideas. Incesantemente. Porque se acercan tiempos en que los hombres, todos los hombres, forzados serán a pensar en algo. Tendrán ineludiblemente, que reflexionar, que meditar, que estudiar alguna idea.

Conviene que sea la nuestra, la que tenga abonada la tierra donde esas ideas han de germinar.

Van acercándose ya los tiempos en que nadie podrá mostrarse indiferente ante el mundo imperfecto en que nos fué dado luchar, o vivir, o simplemente vegetar. Habrá que pensar en modificar, en perfeccionar ese mundo, las ideas porque se rige, las organizaciones rudimentarias, un poco absurdas y otro poco ilógicas que durante muchos siglos en él imperaron.

No es posible que todo continúe igual; no puede permitirse tampoco que el tiempo transcurre inútilmente, infundando por las nuevas modalidades que cada día han de adoptarse, procurando el próximo triunfo de nobles, grandes, elevadas concepciones ideales.

Conviene que todos y cada uno nos vayamos percatando del papel que hemos de representar en no lejanas fechas, cuando terminada la sangrienta tragedia que en Europa tiene lugar, empiecen a resurgir de nuevo, tras del lapso de tiempo de callada auquesencia, las diferentes múltiples formas de pensar que nos distinguen y nos separa a unos de otros.

Cesada la guerra ha de empezar, sin dudas alguna, un florecimiento insólito de nuevas ideas. Visto el fracaso de todas, comprobada hasta la saciedad la inutilidad, la no suficiente influencia de ninguna de ellas para evitar el tremendo conflicto que salpicará de sangre al mundo entero, todas aparecerán después modificadas, con nuevas tácticas, con otras teorías acaso, diferentes en la forma aunque en el fondo permanezcan igual. Si este fenómeno tiene lugar, la candidez e ingenuidad de las mayorías, incultas y sin decisión e independencia para pensar por sí mismas, admitirán como nuevo lo que ya fracasado; esa amalgama multiforme de ideas que eran soberanas de Europa antes de la guerra, que ni supieron ni quisieron evitar, serán otra vez el árbitro del mundo; las que dirigirán los destinos de las naciones; las que impondrán a la multitud ignara y abúllica y falta de instrucción, los valores de sus ya viejas concepciones; las que trazarán, con la torpeza de las ideas que no son definitivas, los caminos a seguir en el futuro, como si ellas únicamente tuvieran de esos caminos conocimiento.

La situación quedará planteada del modo siguiente: Remozadas, desfiguradas, inculpadoras entre sí mismas, queriendo eludir la responsabilidad de lo que ahora ocurre, aparecerán todas las pequeñas, limitadas, incompletas ideas de hoy y de ayer; las que antes de la guerra gobernaban a los países y las que aspiran a gobernarlos hoy, a gobernarlos mañana, cuando ya la guerra haya terminado. Es decir, todo lo que está llamado a desaparecer, todo ese mundo ficticio cimentado en la fuerza, la astucia y la ignorancia, que todavía no ha traído sobre la tierra ni un momento de paz, de tranquilidad, de justicia, fecundas y creadoras, pretendiendo a la vez seguir imperando, contiñerán al frente de las naciones para lanzarlas en otro momento determinado a la lucha; a una lucha sin objetivo, pero en la cual dejarán su vida millares de seres que representan las cosechas futuras, de pan, de arte, de ciencia, de literatura, de libertad; todo lo que pueden dar los hombres para una mañana de justicia, será sacrificado una vez más en aras de lo pasado, que es horrible, en holocausto de lo presente, que es injusto. Después del conflicto horrendo, los viejos partidos, las ideas fracasadas, todas las gentes que han cooperado con su ayuda con su simpatía, con su adhesión, a que se extendiera y alcanzara proporciones monstruosas, se alzarán a recomenzar su campo de acción; el programa quizá parezca humano, pero ahondando en él, profundizando en su forma, en su origen, en sus raíces, fácil será advertir, comprobar la identidad con las viejas fórmulas, con los tópicos antiguos. Será el sacrificio más o menos lejano de otra infinidad de criaturas, el resultado lógico del resurgimiento de los partidos e ideas de ayer, que ya debían haber desaparecido, que se ese a todo ha de llegar un día en que desaparezcan.

Frente a todo ese ilógico conglomerado de hombres, de ideas, de partidos, estaremos nosotros, hemos de estar nosotros. Nuestro pasado, el origen y nacimiento de las ideas que sustentamos, nuestra convicción, la conciencia en último análisis, nos reserva este puesto. Ya que no nos fué dable evitar la guerra presente, obligados estamos a laborar para que no sea posible otra guerra en el futuro. Y habremos de poner al servicio de esta causa, todo cuanto podemos y valemos; expandir por el mundo nuestros juicios, será más que una necesidad, un deber contrario para con la humanidad dolida y angustiada y atormentada por la tragedia de ahora que entonces ya habrá pasado.

Habrá que hacer sentir nuestra influencia en todos los ámbitos de la tierra; en todas las esferas de los países; cerca de todas las clases sociales. Porque si al llegar la hora de la paz, todos piensan en remozarse, en renovarse, en aparecer ajenos a toda culpa, nosotros que ya lo estamos, o que al menos no fué suficiente nuestra labor de antes para que el conflicto mundial no llegara a ser un hecho, podremos, con más derecho que nadie levantar nuestra voz.

Y ante todos, serenos y altivos y convencidos de la justicia, de la verdad que encarnan los principios que sustentamos, hablaremos. Porque hay que ganar la batalla a las fuerzas que han de surgir el día fraz que traigan para seguir engañando a los hombres; hay que decir que dejen libre el campo a los que traerán a la tierra una organización sencilla y humana, donde todos los seres serán libres, y por ser libres, buenos y sinceros y bondadosos. Todo el pasado han mandado ellos, han esclavizado a los hombres y los hombres fueron malos y no eran sinceros y desconocían la bondad. Deben, reconocida su incapacidad, la no eficacia de sus formas ocasionadas veces inhumana, que es imperfecta, que es absurda y es injusta, de bese oír alguna vez las voces de la razón; nosotros habremos de gritar estas voces, insistir cada día en las críticas serenas a la causa del mal; señalarla, exponerla, propalarla. Y enfrente, lo que a nuestro juicio ha de traer el bien.

Tenemos de adversarios a los que gobernaban ayer y a los que quieren gobernar mañana. Los unos ya fracasaron; los otros no cabe pensar que no fracasen.

¿Quién vencerá a quien?

En medio de unos y otros, nadando en el mar de todos los prejuicios, de todas las rutinas, están las multitudes. Los que logren atraerlas vencerán. Es por esto que fuimos vencidos siempre. La multitud no tiene ideas. Después del triunfo de unas u otras, ella las adopta. Antes no. Únicamente por lo que la halaga, sigue. Y como nosotros somos incapaces de halagar a nadie, he aquí que la multitud apenas si sabe de nuestra existencia.

Ante esa lucha que se avecina, la multi-

tud es una fuerza. Es preciso aprovecharla. ¿Cómo? Por el halago, no; por las frases brillantes que les hieran un momento, tampoco; aún menos recurriendo a tópicos gastados. Para que la multitud piense, estudie, reflexione, es menester darle ejemplos. Sembramos por doquiera y tanto cuanto nos sea posible la cultura, la instrucción; que los hombres lean y pensarán; que el montón anónimo comprenda que hay un más allá si sabe conquistarlo y el mundo se habrá emancipado.

Hombres cultos hacen falta para que cesen el mal; los libros han de ser armas para ganar la batalla. Sembrémos; así, germinarán después, en todas las primaveras, manojos de ideas bellas que serán como flores. Con ellas, magnífico presente, será breve y de triunfo nuestro camino.

DIONYSIOS

Augusto Dide

El librepensamiento ha perdido uno de sus más donados y esclarecidos defensores. La prensa de Suiza trae la triste noticia de la muerte de Augusto Dide, en 15 de marzo, a la avanzada edad de 79 años.

Fuó todo un hombre de pensamiento y de acción. De acción porque las reacciones gubernamentales hallaron en este republicano un indomable defensor de la libertad, en el que no hicieron falta las varias persecuciones de que fué objeto en su juventud. Un pensador, porque al autor de *El fin de las religiones*, de *La Leyenda cristiana*, de *Miguel Servet y Calvino* y de *J. J. Rousseau, el protestantismo y la revolución francesa*, obras con que coronó su extensa labor literaria en múltiples periódicos y revistas avanzadas, le aseguran un recuerdo entre los admiradores de las producciones maestras que más ríscos golpes han asestado a las mentiras religiosas. En este terreno especial su pluma demolidora abrió brechas irreparables. Imposible una minuciosa biografía de este luchador prodigo, incansable, y sobre todo, desinteresado. Nos falta espacio. El mejor elogio que podemos hacer de su labor, es recomendar a nuestros camaradas la lectura de las obras citadas que han sido traducidas al español por un compañero. Augusto Dide es de los hombres que perduran en el pensamiento y en el corazón de los que en él aprendieron a pensar alto y sentir hondo.

Nos asomamos al natural dolor de su digna esposa y colaboradora, la señora Neemia Dide, y depositamos montónamente sobre la tumba atea de este bondadoso y abnegado luchador una admiración que no nos habría sido posible testimoniar personalmente en su sepelio.

COSAS

Un cronista de *Le Journal* se relata mandibula batiente—y ¡dichoso él que tiene la libertad de la risa!—con motivo de la verborrea que impera, de cuatro años a esta parte, en la vida pública. Se habla por los codos, y no se dice nada nuevo ni concreto, como no sea en materia de autobombos, que nunca se acaban. ¡Pulula cada genio!

Otra manifestación de la epidemia reinante es la manía ambulatória. ¿Qué modo de viajar! Singularmente los socialistas revolucionarios (no me jaja usted reír) se han convertido en capitanes de buques y conductores de trenes. Socialista hay que ha viajado en barco de guerra, y en tren del Estado, con 27 maletas para andar por el mundo y unos cuantos gabanes de ricas pieles para andar por la población; —y que conste que no lo digo con ira, sino con dolor.

En ruta para América.—Partida de una delegación socialista

Así han titulado los periódicos una información relativa al proyecto de un viaje de socialistas franceses, ingleses y belgas a Nueva York, nada menos, «para (atención lector) convertir a Mr. Samuel Gompers a la idea de una conferencia internacional». ¡Y para ese fin un viaje trasatlántico de una partida de Isldros, entre ellos los Cachin, Jouhaux, Huysmans, de Mon, (el de él se lo pone), Turati, Gaetani, príncipe por añadidura, y otros viajantes del Socialismo! Pero... ¿corre tanta prisa y tiene tanta importancia la conversión a la idea de una conferencia internacional del reaccionario traicionista Samuel Gompers, que es uno de tantos piojos vestidos de limpio? Y ese viajecito de recreo ¿quién lo iba a pagar?... Digo quien lo iba porque parece que a última hora se va desistiendo del proyecto.

¿No hay correo entre Europa y América? Si. ¿No hay cable? ¡Si! ¡Si! ¿tales progresos de la Ciencia resultan inútiles, como vehículos de la expresión, para convencer a Samuel Gompers? ¿Y tanta fe tienen los citados Isldros en su propia verborrea para recabar de Gompers el convencimiento y la auquesencia que no podrían recabar con cartas ni con cablegramas?

¡Vamos, hombre! Lo que hay es que esos mamelicos quieren que les paguen un viaje de lujo—a costa del pueblo soberano—con residencia en hoteles de la quinta Avenida, con recepciones en la Casa Blanca, con banquetes pantagruélicos, con reclamos de prensa, etc., etc., y si sobra algo de la comisión presupuestada, pues, pa en cenando a la vuelta a Europa.

Hace falta que esos y otros polticosastros del mismo pelaje crean que el pueblo ha descendido al último grado del abnegamiento y de la primada. Ya se lo dirán de misas. Cuatro años que van a gusto en el machito; pero el machito empieza, respingando, a dar señales inequívocas de cansancio. ¡Qué día Jaurés si pudiera ver la conducta de tan aprovechados discipulos! Si él, en la vida material, hubiera dado ejemplo para sacar semejantes discipulos,

ahora estaría vivo, porque en vez de comer en la vulgar brasserie, donde lo cazaron, hubiera comido, bien custodiado, en alguno de los grandes hoteles de París.

No nace un Jaurés todos los días, y el socialismo europeo necesita muchos Jaurés si quiere limpiarse las manos de sangre y la conciencia de materia feal.

LUIS BONAFUOX

Nuestro pensamiento

Como el agua que desciende, ininterrompiblemente, cauce abajo, es intransigente; como la sutil mariposa que revolotea de flor en flor, para libar mil néctares distintos; es inquieta, móvil y oscilante; como la materia es incansable en su eterna transformación y perfectibilidad, nuestro pensamiento es asimismo, inquieto, variable, oscilante, constantemente transformable, pe-rennemente perfectible. Hoy no podemos pensar exactamente igual que ayer. Y el minuto que transcurre no será rigurosamente idéntico al transcurrido, ni completamente análogo al que se avecina. En cada subdivisión del tiempo, en cada rápida fracción de un transcurso, hay fuerza modificadora, eliminación, reflexión, análisis, luego perfección a veces notable, casi siempre imperceptible. Nada hay absolutamente inerte, nada puede permanecer en verdadero estacionamiento. ¿Cómo, pues, el pensamiento podría estar, momentos tan siquiera, en invariabilidad ideológica, en estacionamiento, en inmutabilidad efimera.

Sobre la pantalla de nuestro pensamiento proyectan su rápida aparición y desaparición, las ideas accesorias que son como un ropaje de las ideas fundamentales. Aparecen, se dibujan, se colocan en plano de preferencia, oscilan, se esfuman y desaparecen para ser substituidas por otras, que seguirán su mismo designio. Por eso constituye un disparate grande el pretender declarar, como muchos hombres hacen, aquello de: «mi pensamiento no cambia; hoy pienso absolutamente igual que pensaba hace diez años». Es absurdo «aferrarse a una forma inmutable, pétreca del pensamiento».

Allí donde ideas y conceptos, opiniones y tendencias hierven y se elaboran constantemente, se mueven, se agigantan, se coordinan, se disgregan, se transforman, se precisan, se aguilatan, no puede hallarse ese lago místico, de aguas muertas. Sostener lo contrario es querer torturar el pensamiento, forzar, detener su natural funcionamiento; hacerse esclavo de una idea fija, de un pensamiento fósil, de una concepción dogmática; es impedir que surtan esas ideas, esos pensamientos, en su multiplicidad multiforme, en su diversidad polícroma. Es pisotear un ramillete de flores, so pretexto de guardar, exclusivamente, la más bella. Es como impedir a los ojos que miren en torno nuestro, porque se les quiere enfocar sobre el más admirable lugar de entre todos. No. Ved como la superficie del agua del arroyo se mueve, se riza en ondas simétricas o irregulares, como corre, salta, se detiene en el remanso, pero sin olvidar que corre hacia el mar.

Ved asimismo la incansable abeja como se posa de flor en flor; en ésta, permanece largo rato, sin duda para llevarse gran cantidad de azúcar de su polen; en esta otra permanece menos, para extraer menos néctar de su cáliz; en aquella, se estaciona solamente algunos segundos y en la corola de una cuarta, ni siquiera se digna detenerse; la circunda volando y zumbando y se aleja hacia otra sobre la cual se parará más o menos tiempo o la dejará igualmente invulnerada.

Para que el delicioso manjar se confeccione, precisa que el incansable hemiptero recoja varios azúcares que combinados, mezclados, darán un excelente resultado.

Pues bien; hagamos nosotros lo mismo. Dejemos que las ideas, que las imágenes, se agolpen y penetren en nuestro pensamiento; que se atropellen y se estrojen en su cavidad. Que las malas se eliminen pronto y las buenas se consoliden modificándose, seleccionándose, clasificándose. Que la más tolerante variabilidad reine entre ellas; que la más natural heterogeneidad sea el curso de su entrada, de su ebullición y de su extracción; que nuestro pensamiento sea un centro de confluencia, de hormiguero, de caos de ideas multiformes, comprendidas, adherentes a las ideas fundamentales que son, en su esencia, el fundamento, el sedimento de nuestros sublimes ideales. Dejemos penetrar en el antro de tan sacrosanto receptáculo, las corrientes modificadoras, el soplo continuo de la variabilidad perfectible.

PLUMA-ROTA

Vox populi, vox Dei

Porque tu alburra mancharon los que no te concieron y porque te calumniaron, ¡Madrid!

Un cronista de prensa burguesa, Zozaya, lanza sus reproches contra la plebe; un quidam rechaza a dos obreros no por parecetele hombres de honor.

El gesto de este último no nos mueve sino a un mohín de desdén, puesto que débense tomar las cosas según de quien vengan. Marchando un día Sócrates por las calles de Atenas, vino a tropezar con él un idiota. El buen sabio, sonrió levemente y siguió su camino, sin sentirse agraviado.

No nos hiera tampoco el dardo del mencionado cronista, porque en sus aseveraciones campea tan sólo la sinrazón. Gratos han de ser a la burguesía los escritores que de la prensa burguesa viven, y así no es extraño que, moviéndose en su ambiente de periodistas a sueldo, lancen su reproche contra los de la acera de enfrente, por adular al amo a quien sirven.

¿Pero ese cronista, que hasta ahora fué